

Por Don Gual

Inf. Jul 20/947

FRENTE al Parque Central en la cuadra limitada por las calles de Zulueta, Neptune, Monserrate y O'Reilly se levanta el edificio de 5 pisos, que todos los habaneros reconocen como la Manzana de Gómez, por haber sido fabricada por el acaudalado español Don Andrés Gómez Mena, cuyo busto en bronce se levanta en su centro, en el cruce de sus pasajes diagonales.

En el lugar en que hoy está este gran centro comercial, se fabricaron parte de las murallas y sus fosos que circundaban la vieja ciudad de San Cristóbal, desde la explanada de la Punta, hasta los terrenos del Arsenal (hoy Estación Terminal de los Ferrocarriles Unidos).

Las murallas se comenzaron a levantar el año 1663, idea del Excelentísimo Sr. Gobernador Don Juan Montaña Blázquez, para defender la plaza de los frecuentes ataques de piratas y corsarios. Luego por "necesidades guerreras más apremiantes" fué suspendida su construcción, que fué, al fin, terminada en 1797 "con el camino cubierto y los fosos", dividiendo esta Habana nuestra en dos partes: intramuros y extramuros.

Las puertas de Monserrate (O'Reilly y Obispo) desembocaban en ese lugar, y en donde hoy se levanta el monumento al insigne ingeniero cubano, Don Francisco de Albear, había un colgadizo entre las dos puertas donde se guarecían los soldados que vigilaban esas importantes salidas de la ciudad amurallada.

Yo conservo fotografías auténticas de las dos puertas, hechas desde la parte interior y se reconoce, tal aparece hoy, el edificio que ocupa la ferretería "Monserrate" con sus dos pisos, balcones de hierro, y decorativas copas que rematan la azotea. Los fosos comenzaban al borde de la muralla y terminaban casi sobre lo que es hoy la calle de Zulueta, en el Parque Central.

A la vera de las puertas de Monserrate descansaban las caballerías de los arrieros que hacían el transporte y se detenían allí por ser ya un centro comercial. Tam-

bién porque las bestias podían abrevar en la Zanja Real, que pasaba, formando allí una poceta de suficiente profundidad para que nadaran allí los muchachos de mediados del siglo pasado.

Cuantas veces me hablaba de ello, mi inolvidable amigo Alfredo Misa, periodista, yero y empresario del cual nos ocuparemos más adelante. El recordaba claramente cuando en unión de otros chicos de su edad, se bañaban allí y de un "peninsular" que explotaba el negocio.

Al poco tiempo de terminadas las famosas murallas la gente se convenció de su inutilidad para fines bélicos, y desde 1841 los Capitanes Generales y el Ilustre Ayuntamiento interesaron de la Metrópoli autorización para quitar el pegote anacrónico de la ciudad que se poblaba rápidamente hacia el Oeste.

El 22 de mayo de 1863 se aprobó la radical medida, aunque no se comenzó el ansiado y muy esperado derribo hasta el 8 de agosto de 1866, esto es tres años más tarde. Me hace recordar el derribo de los famosos "postes de la muerte" de la Habana de hoy.

Fué tal el júbilo de los habaneros al verse libres de aquel "cinturón" tan inoportuno que el Ayuntamiento organizó varios festejos, cayendo primeramente el trozo de la Puerta mencionada entre las rúas de O'Reilly y del Obispo. Las autoridades más altas de la ciudad presenciaron el acto, enfundados en sus severos casacones, cubiertos de fantásticas condecoraciones, y el Obispo otorgó sus bendiciones (?).

El Estado, dueño del terreno ocupado por las murallas y sus anexos, antes de facilitar el derribo, procedió a estudiar el reparto de sus tierras, ordenando al Ingeniero Don Juan Bautista Orduña el proyecto y confección de los planos, los que fueron aprobados por el Ayuntamiento en 10 de febrero de 1865, siendo una de sus cláusulas más importantes la que disponía que los soportales tuvieran tres metros de ancho, ampliando luego a tres y medio. La futura Manzana de Gómez se le per-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

mitió los cuatro metros que hoy disfruta.

La cuadra, entre Zulueta y Monserrate, se le ha llamado Plazuela de Albisu, por el teatro de ese nombre que estuvo en el centro de lo que es hoy frente del Palacio del Centro Asturiano. Muchos consideraban esa cuadra como prolongación de la calle de San Rafael, llamada también la del Presidio por el penal de gente de color que allí existió, que se derribó para levantar el Teatro Tacón y hasta hace poco se llamó general Carrillo, recuperando luego el santo nombre.

La Manzana tiene un costado sobre la calle de Neptuno que se llamó también de la Placentera, de San Antonio, Boquete de la Bomba y Zenea. La calle traseira que limita la manzana es la de Monserrate, hoy llamada oficialmente y exageradamente! Avenida de Bélgica. El nombre de Monserrate se originó por la ermita que existió allí en los terrenos de la ya mencionada ferretería, y lo que es hoy el parquecito Jerez, nombre que recuerda a aquel patriota cubano Don Pepe Jerez Varona, que fué Jefe de la Policía Secreta en tiempos del Gobierno del General Mario García Menocal.

EXPANSION

Don Julián Zulueta y Amondo, rico terrateniente y hombre de grandes negocios, adquirió en el reparto el lote codiciado que corresponde a la Manzana y no teniendo en cuenta las condiciones del lugar ordenó la confección del proyecto de un suntuoso edificio cuyo presupuesto ascendía a cientos de miles de buenos pesos. Se iniciaron las obras, descubriéndose hermosos manantiales y alterando todos los cálculos consumió la totalidad de las cantidades presupuestadas, repitiéndose con el imaginativo vasco el caso de los que idearon la creación del Teatro Pavret, siendo un capital más que sufrió quiebra por ceguera de sus iniciadores.

Por muchos años el habanero contempló las ruinosas paredes de lo que nunca llegó a ser "Itálica famosa" y el humorismo popular las bautizó, quizás recordando a Palmira, como "Las Ruinas de Zulueta".

Años más tarde, el popular "Chichón" Gómez Mena adquirió esos terrenos y levantó un gran edificio de una planta rodeado de galerías cubiertas y con unos paisajes diagonales (de esquina a esquina) que fué la primitiva "Manzana de Gómez" cuyos locales se alquilaron en seguida para tiendas de todas clases.

Yo recuerdo bien esos días cuando mi madre me llevaba a comprar altas botas de innumerables botones a "La Bomba". Allí también, al pasar, ví las primeras guayaberas, las que importaban los toreros que sentaban alrededor de las mesas del Salón H, donde contaban detalles de las "faenas" recientes. Por el lado de Monserrate yo recuerdo bien, después del advenimiento de la República, la casa de efectos eléctricos de Monsieur Delaporte (hoy en O'Reilly, y propiedad de Don Roberto Karman) y una imprenta donde se imprimían los argumentos de las zarzuelas que presentaba el Albisu, con actores y actrices inolvidables como la Pata Soler, Lola López, Luis Escribá y otros que ahora no recuerdo.

También allí se tiró una revista teatral llamada "El Teatro". De esta publicación guardo entre mis papeles un ejemplar que ostenta la elegante silueta de Andrés Perelló de Seguro (con su célebre monóculo) dibujada por Navarro el caricaturista de "La Lucha", allí en la calle de O'Reilly.

En la azotea hubo un primitivo espectáculo cinematográfico y por Monserrate funcionó una "Academia de Baile" de Loreto Campos.

Pero las frecuentes "peleas" de sus entusiastas y "jalaos" parroquianos, obligaron a cerrar sus puertas.

Después de muchos años un mexicano muy emprendedor de apellido Roas (o algo por el estilo) concibió la idea de levantar sobre la Manazana un centro de diversiones digno de la gran capital que ya era la Habana en 1908. Ayudado por el entonces cónsul mexicano, mi amigo Don Arturo Palomino, el señor Roas, convenció a un grupo de inversionistas, y en poco tiempo levantó lo que él creía capital suficiente para construir dos teatros. Entre las "cándidas palomas" —como dicen los cronistas de aquellos días— figuraba el doctor González Curquejo, Don Manuel Otaduy, Don Cosme Blanco Herrera (representado por Don Julio Valenzuela), Don Carlos García Peñalver, Don Teodoro Ros, el barbudo Jesús Trillo, Matos el Angel Guardián de los arquitectos y fabricante de ladrillos, Don Antonio Taladú y los hermanos Vieta Ferro. Se reunió la irrisoria cantidad de \$180,000 con la cual juraba el fantástico mexicano que iba a levantar, un centro de diversiones tan rico como el Hipódromo de N. York, que entonces era la maravilla de la ciudad de los rasca-nubes.

Matos, experto en cerámica, asumió la dirección, tornándose en ingeniero, maestro de obras, albañil y proveedor de tejas.

Mi amigo Alfredo Misa, prestigioso periodista y empresario fué consultado, y éste, después de minucioso estudio, emitió su dictamen negativo, ya que estimaba que era una locura y un peligro fabricar en terreno ajeno y que ese negocio no daría lo suficiente para pagar una renta de dos mil pesos. No obstante las tentadoras ofertas, el amigo Misa, celeso guardián de su reputación, se limitó a aceptar el cargo de consul-

tor por sólo un año, con el sueldo de mil pesos mensuales, más el 5 por ciento de la entrada bruta.

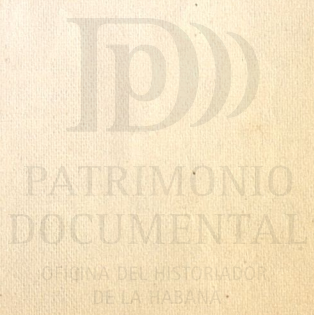
REFORMAS

A los pocos meses de comenzada la obra se terminó el dinero y todo se volvió lamentaciones e inculpaciones. Las esperanzas de un posible éxito económico hicieron que se ampliara "la esfera comercial" y entre las muchas atracciones aparecían un gran restaurant, especie de beer-garden sobre el Parque Central y dos teatros (uno para gran ópera y otro para "varietés"). A aquel conjunto se le llamó Politeama, y por fin, en 1910 se inauguró el Vaudeville, o sea el teatro más pequeño. La compañía de cupletista, acróbatas, bailarines, excéntricos y cantantes procedentes de circuitos teatrales norteamericanos (Oldfield Circuit & Western Vaudeville) gustó mucho y el "papel" se agotaba todas las noches. Poco después se inauguró el teatro mayor, que el público distinguía por el Politeama Grande. La célebre cantante Madame Nordika, prestigiaba el elenco de la compañía de ópera que inició la temporada. Luego Pepito Arriola, aquel maravilloso niño español que tanto prometió como pianista, fué controlado por Misa abonándosele al minúsculo "virtuoso" tres mil pesos por concierto.

En el Politeama Grande cantó Paganelli, Del Chiaro, la Lucci, Sciarretta y Luisa Villani. Paganelli cantó un Don Pasquale, que todavía Frank García Montes recuerda a sus amigos discofanáticos, y de una Bohemia de Puccini de lo mejor que ha oído la Habana.

Alfredo Misa, a pesar de haberse embolsado una cantidad respetable, se retiró después del primer año, pues presentía el fracaso que no tardó en llegar.

Para salvar el barco que hacía agua, los sucesores de Misa trataron de salvar el negocio con inyecciones de género bufo y comedias de segundo orden, pero todo fué en vano.



f

La empresa, no pudiendo pagar la renta se declaró en quiebra. Gómez Mena, dueño ya del negocio lo liquidó derribándolo todo.

Y en seguida, ordenó los planos para el gran edificio de oficinas de hoy. Lástima que ese "office-building" esté tan abandonado. Algunas de sus escaleras no tienen pesamanos, los servicios sanitarios están muy distantes de lo que se ve en edificios análogos, y sus paredes están sucias y abandonadas.

La gran escalinata por la que subía al gran vestíbulo de los teatros y del restaurant, es hoy utilizada para subir al primer piso, cuando los elevadores se llenan demasiado. Una de las causas del fracaso del Politeama, fué el no tener elevadores.

En esa época, cuando se fabricaron los cuatro pisos de oficinas, se instaló una sucursal del Banco Gómez Mena, en la entrada, a la izquierda. Esta institución de crédito era de Don Pedro Gómez Mena, hermano de Don Andrés y padre del conocido clubman y hacendado Don Manuel Gómez Waddington. La oficina principal de ese banco estuvo en el Edificio Gómez Mena (Obispo y Aguiar), lugar que yo frecuentaba cuando almorzaba diariamente allí con un grupo de amigos como Eugenio Sosa, Carlos Manuel Jiménez Rojo, Willy de Blanck, Emilio Roig de Leuchsenring, Alvarado (de la casa Galbán, como Sosa) y Laureano Rodríguez. El restaurant se llamaba la "Primera de Aguiar".

El Salón H creo yo, es con la peletería "La Bomba" uno de los más antiguos establecimientos de la Manzana. Desde hora temprana se veían alrededor de sus mesas en los últimos días de la colonia, a toreros sin contrata, procuradores de abultadas carteras, empleados del gobierno colonial, oficiales del ejército de S. M. Don Alfonso, actores del vecino teatro Albusu, "catedráticos" de beisbol y otros ejemplares de la "fauna" habanera.

Allá por el año 1896, el sanguinario Don Valeriano Weyler, se enteró de que sus oficiales frecuentaban mucho aquel lugar, y no

ciertamente para estudiar las artes bélicas. El buen vinillo de la tierra corría que "era una bendición" y el "río" ese llegó a Palacio, obligando al desaseado General a ver la cosa de cerca. Y una noche, Don Valeriano, trocó el uniforme de General por una chamarreta y un "jipi-japa" y se apareció de riguroso incógnito, en el Salón H. Algunos parroquianos creyeron reconocer a la Hiena, pero olvidaron pronto el "incidente". Pero al día siguiente en el Diario Oficial, apareció un bando del Gobernador General trasladando para el interior de la Isla, a muchos oficiales "divertidos".

Hoy la Manzana de Gómez aloja toda clase de negocios: sombrererías, sastrerías, quincallerías, barberías, barras, restaurants, peleterías, bufetes de abogado, compañías de inversiones, de préstamos, de seguro y de fianzas, agencias de productos extranjeros, camiserías, agencias publicitarias, revistas azucareras, revistas de los propietarios, jugueterías, puestos de limpiabotas, oficinas de cable y correo, agencia de turismo, departamentos de compras de ingenios azucareros, dentistas, estudios de pintores, fotógrafos, academias comerciales, relojerías, puestos de frutas, oficinas de políticos, farmacias, casas de regalos y souvenir, etc., etc.

Es Presidente actual de la Unión de Comerciantes de la Manzana de Gómez, el señor Cándido Fernández, el Secretario es Don Virgilio Rodríguez, y el Tesorero, Don José Incera.

Visitando recientemente ese gran centro comercial neoyorquino (Radio City), recordé a la Manzana de Gómez, que cuenta con cuatro pisos de amplísimos "halls" para instalar, sin alterar el tránsito, un desfile de vidrieras, que bien decoradas e iluminadas, podían ser visitadas de noche por los turistas, además de establecer "fuentes" de refrescos en cada piso. Esta idea no es mía. Es de los managers del Radio City, en Nueva York, ciudad que merece ser visitada en muchos conceptos.

Inf, Jul 20/47